

EL ÉXODO DE LAS MONJAS TRINITARIAS DE CONCEPCIÓN, CHILE, DURANTE LAS LUCHAS DE LA INDEPENDENCIA

El relato que presentamos, fuera de su valor histórico, constituye un luminoso testimonio de la espiritualidad de las monjas de clausura en la época de la Independencia de Chile.

Como todos los monasterios femeninos de Hispanoamérica de la época española también el de las trinitarias de Concepción, Chile, se originó por generación espontánea, recibiendo más tarde su confirmación por la adopción de la Regla, hábito y costumbres de una orden religiosa determinada.

Fue en el año 1700 y junto a la ermita de Ntra. Sra. del Boldo de la ciudad de Penco o Concepción, que se congregó cierto número de doncellas y señoras, deseosas de llevar una vida piadosa en soledad y oración. Quince años más tarde se conocía ya el reglamento de este beaterio, pero aspirando a hacer votos en una congregación estable y aprobada, las piadosas mujeres gestionaron la venida de religiosas trinitarias de Lima.

Fue en 1736 que llegaron a Penco tres monjas peruanas de la Orden de la Sma. Trinidad de S. Juan de Matha, haciéndose cargo de la comunidad y dándole al beaterio clausura y título de monasterio. Esta casa de Concepción (Penco) era la tercera que el monasterio trinitario de Madrid tenía en el mundo (después del de Lima). Actualmente cuenta con unas 14 ó 15 casas.

Después del terremoto y maremoto del 1751 se decidió el traslado de la ciudad de Concepción al lugar en que actualmente se encuentra, es decir, a algunos kilómetros al sur del antiguo sitio, más lejos del mar y más cerca del río Bío-Bío. El monasterio de trinitarias se trasladó entre los primeros. En el momento del traslado eran quince sus religiosas. Durante casi trece años las monjas tuvieron que sufrir toda clase de incomodidades en una ciudad que se estaba construyendo, pero después entraron en un período de franco desarrollo, pues en 1818 la comunidad se componía de 32 religiosas.

En aquel año se originaron los sucesos que se narran en la emotiva crónica. El obispo de Concepción, el español don Diego Antonio Navarro Martín de Villodres había dejado, a fines de 1816 por segunda vez, su diócesis, al tener noticia de que el ejército de San Martín y O'Higgins estaba por cruzar los Andes. Por primera vez ya lo había hecho en 1813 con motivo de la llegada del ejército patriota a Concepción. Después de la batalla de Chacabuco en febrero de 1817, Concepción es librado por las tropas argentino-chilenas; pero el virrey Pezuela del Perú organizó el contragolpe, desembarcando a comienzos de 1818 sus tropas en Talcahuano, puerto de Concepción y debiendo los patriotas abandonar el campo. Este segundo intento de reconquista española es desbaratado definitivamente en la batalla de Maipú, el 4 de abril de 1818. A fines de agosto del mismo año las tropas realistas que quedaban en Concepción se repliegan hacia el sur. Es entonces que las autoridades del régimen fenecido deciden que las monjas deberían evacuar junto con ellos la ciudad. Era esta la política que los realistas siguieron también en el Perú, pretendiendo que incluso los obispos dejaran sus sedes. Muchos eclesiásticos y religiosos compartieron así el éxodo de los derrotados (como p. ej. el mismo obispo de Concepción), otros se resistieron a ello con dignidad (como p. ej. el arzobispo de Lima, el obispo de Arequipa y el de Santiago de Chile).

A pesar de su resistencia no pudieron oponerse a la orden de dejación de su convento y de este modo se vieron envueltas en las vicisitudes de una retirada desastrosa. Para colmo de males después de cierto trecho fueron abandonadas a su propia suerte y así su exilio se prolongó por

espacio de cuatro años hasta 1822, es decir, prácticamente durante todo el período de gobierno de O'Higgins. Producida la renuncia de éste en 1823, lo sucedió en su alto cargo hasta 1826 don Ramón Freire, que en nuestro relato aparece como el salvador de las monjas.

Las monjas trinitarias, de retorno en su monasterio, vivieron en él en paz y tranquilidad por más de un siglo, hasta que el terremoto de enero de 1939 lo destruyó. De resultados de este desastre la comunidad se trasladó después de aquella fecha al solar que hoy ocupa en el barrio Pedro de Valdivia, en las afueras de la ciudad de Concepción.

Para hacer más comprensible el relato a lectores no tan enterados de la historia chilena he elaborado algunas notas explicativas con la sustancial ayuda de mi hermano en religión, el P. Gabriel Guarda OSB y el historiador Sr. Julio Retamal Avila, a quienes quisiera agradecer en este lugar su valiosísima contribución.

**EMIGRACIÓN DE LAS MONJAS TRINITARIAS DE CONCEPCIÓN
DESDE EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1818
HASTA EL 22 DE DICIEMBRE DE 1822**

El año de 1853, estando yo de prelada de este monasterio, me hizo mucha insistencia del señor Presbítero don Manuel Parreño¹⁸¹ para que escribiese sobre los padecimientos que esta comunidad sufrió en la emigración que hicimos a la Tierra de los Indios; mas, como todos esos trabajos se los tenemos ofrecidos a N. Señor y olvidados, me había excusado de hacerlo; pero como ahora nuevamente me lo exige, lo hago en obsequio a la amistad y por los favores que debemos a dicho señor, quien me ha prometido que ninguna persona leerá este cuaderno antes que se le corrija y enmiende los muchos errores que tendrá, siendo escrito por persona no letrada, como yo. Voy pues, ha hacerlo en nombre de la Sma. Trinidad, con toda la verdad y sencillez que pueda, sin exagerar nada.

*Sor Juana María de San José
Ministra*

En el año 1817, con motivo del estado de revolución en que se encontraba todo Chile, sucedió que, habiéndose retirado el ejército monárquico al puerto de Talcahuano y con él la mayor parte de este vecindario, hizo igual cosa el señor Gobernador de este Obispado que entonces lo era el señor canónigo don Joaquín Unzueta¹⁸², en virtud del cargo que le dejó el Ilmo. señor Obispo de

¹⁸¹ El presbítero don Manuel Parreño Castro nació en San Felipe, el 27 de diciembre de 1823, hijo del español Lorenzo Parreño y de doña Dominga Castro. Estudió sus primeros años en el seminario de San Felipe, pasó luego a Santiago, al colegio del presbítero Juan de Dios Romo, donde por su capacidad, siendo aún alumno, se desempeñó como profesor de filosofía. En 1846 se graduó de bachiller en leyes y ciencia política, continuó sus estudios de filosofía en la iglesia de la Compañía, en Santiago, recibiendo y ordenándose presbítero en 1847. Fue sotacura de la Matriz de Valparaíso; de allí pasó en 1851 a secretario en el arzobispado de Santiago y en 1853 pasó con licencia al obispado de Concepción, para servir como secretario del obispo don José Hipólito Salas. De esta época data su contacto con las monjas trinitarias, inspirándole a la Priora, Sor Juana María de San José, que pusiese por escrito el relato que hoy presentamos y que fue publicado más tarde en la "Revista Chilena de Historia y Geografía". Vuelto Parreño a su diócesis en 1856, fue nombrado cura de Sta. Rosa de los Andes, en donde trabajó con mucho celo y realizó obras de importancia. Fue miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile de Santiago, Murió en esa capital el 15 de junio de 1876.

¹⁸² El presbítero don Joaquín Unzueta e Ibieta nació en Concepción en 1770, siendo sus padres don Manuel de Unzueta e Isla y doña María Isabel Ibieta y Espinosa Velarde. Cursó filosofía y teología en el seminario de Concepción, colegio del cual fue profesor de filosofía, teología y moral. Se ordenó de presbítero en 1795. Fue secretario del obispo Roa y Alarcón, al que acompañó en su visita pastoral hasta Chiloé. Fue después coadjutor del cura de la catedral, don Jacinto de Santa María. En 1804 obtuvo en oposición la parroquia de Cauquenes. En 1811 le llegó su presentación para canónigo penitenciario de la catedral de Concepción, a la que había optado; no pudo tomar posesión de su canonjía y continuó a cargo de su curato hasta 1815, con un interregno, puesto que, en 1813, Carrera lo confinó a La Florida por ser realista. Ese mismo año el clero realista del obispado, reunido en Chillán, lo había elegido gobernador del obispado; en ausencia del obispo Villodres que se había marchado al Perú, lo gobernó de 1813 a 1814. Villodres lo confirmó en su cargo al retornar a su sede a fines de 1814, pero de nuevo fue sacado de él

esta ciudad, don Diego Antonio Villodres, antes de efectuar su emigración a Lima.

Estando la ciudad en esta situación, tomó posesión de ella el ejército de Chile y nosotras, que jamás hemos abrigado en nuestros corazones adhesión a ningún partido, sino que hemos sido siempre sumisas a las autoridades, felicitamos luego al general y jefes de aquel ejército¹⁸³.

Dichos señores se mostraron muy benignos para con este monasterio; pero no por eso pudieron evitar los indecibles insultos que recibió, de los que mucha parte pasaré en silencio por modestia: séame bastante decir que todo el mundo estaba en contra del monasterio.

Por todas partes nos hallábamos lo más oprimidas que puede creerse y todo provenía de que estaban en la persuasión de que éramos *godas*¹⁸⁴, como comúnmente nos titulaban, lo que jamás hubo en nosotras, ni habrá quien pueda decir que nos hubiese oído una palabra contra el Gobierno.

Nosotras, por cierto, estábamos llenas de sorpresa y susto al ver a este país en tanta guerra, porque jamás lo habíamos experimentado y luego nos calmamos cuando entendimos que su resultado sería quedar siempre entre los nuestros, sin quedar sujetos a ninguna nación extranjera.

La falsa reputación en que nos tenían fue causa de que del ejército patriota recibiésemos muchos insultos, porque aunque los señores jefes quisiesen impedirlos, como la tropa en tiempo de revolución es insostenible, no les fue posible estorbar todo lo que de esa parte tuvimos que sufrir y que fue en extremo, haciéndonos trabajar en costuras y en cuanto se les ofrecía, de manera que nos estorbaban hasta el cumplimiento de nuestras obligaciones de coro. Nosotras les servíamos con gusto por ser nuestros prójimos y a esto se agregaba que, a la vuelta de una salida que iban a hacer, nos echarían del monasterio o que abocarían un cañón en cada esquina del monasterio para que todo acabase a fuego.

Todo eso se originaba de que nos creían de contraria opinión, como ya lo he dicho; pero sin fundamento.

Esto conozco que quizá no llegaría a oídos de los señores jefes, pues supimos que muchas de estas cosas las llevaban a mal. Uno de estos señores (cuyo nombre no recuerdo) sabiendo de la amenaza que nos habían hecho, vino y nos dijo que fiásemos en él que, en caso de que tal cosa quisiesen hacer de querernos sacar, él lo impediría, lo que de nuestra parte le agradecemos mucho, creyendo que Dios le había enviado para nuestro consuelo en aquellas circunstancias.

También el señor don Antonio Merino, durante el tiempo que fue Intendente nos favoreció mucho¹⁸⁵. El nos defendía de los que nos querían insultar y nos socorrió mucho, pues estábamos entonces sin recursos para subsistir. También impidió que abriesen una puerta para la calle en una pieza que pertenecía a la clausura y que viniesen oficiales a ocupar la pieza del capellán y

por el gobierno patriota, quien puso en su lugar al presbítero don Salvador Andrade, con quien se disputa el gobierno del obispado durante todo este período. En 1818 es devuelto a su puesto por los realistas y bajo su gobierno ordenó al coronel Juan Francisco Sánchez se retirara con las monjas trinitarias hacia el Sur. Unzueta es, pues, el responsable de la emigración y las consiguientes vicisitudes de las religiosas en tierra de indios. Después de ser nuevamente destituido a fines de 1818, se reunió con su obispo Villodres en el Perú, de donde volvió acogido a la amnistía general dictada por el gobierno chileno. Falleció en Concepción, siendo canónigo penitenciario, en 1827.

¹⁸³ El jefe patriota que ocupó Concepción en 1817 fue el argentino don Juan Gregorio de Las Heras, después del combate de Curapaligüe y de cerro del Gavilán.

¹⁸⁴ “*Godos*” era el apelativo que los partidarios de la Independencia daban a los realistas.

¹⁸⁵ El intendente de Concepción, don Antonio Merino Baeza, hijo de José Merino Fonseca y de María Mercedes Baeza Murillo, había nacido en Concepción y fue coronel de milicias patriotas. Fue intendente interino de Concepción en 1818 e intendente o gobernador de Cauquenes, de donde sacó la mayor parte de las milicias que combatieron contra las montoneras realistas de Vicente Benavides. Fue nuevamente intendente, esta vez en propiedad, de Concepción, en 1830. Murió soltero, en esa misma ciudad.

tantos otros buenos oficios que jamás olvidaremos para agradecerse los.

En fin, llegó ya el tiempo en que el ejército se había de retirar y en uno de los días anteriores a su marcha, vino un oficial con un piquete de soldados a hacernos fuerza para que le abriésemos la puerta seglar. Dijo que venía de orden de su jefe a ejecutar cierto mandato que le había hecho, sin querer decirnos cual era.

Dejo, pues, a la consideración de quien esto lea, cual sería nuestro susto. El conflicto en que nos hallábamos era grande y ya desfallecíamos de congoja; pero como Dios nunca desecha a quien recurre a Él con confianza, nos oyó benigno las súplicas que, sin cesar, dirigíamos al cielo pidiendo socorro.

Después de tantos ruegos, conseguimos del oficial que entrase solo y antes de que se le abriese se reunió la comunidad y en seguida se le abrió la puerta seglar y entró solo.

Luego que se vio adentro se halló tan asustado y despavorido que no sabía qué hacerse; todos conocimos su turbación, pues no podía levantar los ojos para mirar; nos preguntó donde estaba el campanario y enderezando hacia él, siempre acompañado de la comunidad, estuvo viendo las campanas y también las del claustro, hecho esto, pidió que le abriésemos la puerta y nos ordenó de parte de su jefe que le enviásemos las lenguas de las campanas, lo que hicimos prontamente quedando así sin tener con que tocar a misa, ni a los actos de comunidad.

Nuestro temor crecía cada vez más hasta que llegó el día de la salida del ejército que fue en el mismo año de 1817, en el mes de Julio o Agosto.

Dispusieron que la salida del ejército fuera a las cuatro de la mañana y el señor Coronel don Enrique Lasale, temiendo por lo ocurrido que tuviésemos que sufrir, tuvo la bondad de poner guardia a la puerta del Monasterio toda la noche.

Se retiraron los guardias y quedamos solas en esta ciudad que, a la sazón, estaba casi sola a causa de una completa emigración que, por orden del gobierno, ya se había efectuado y que, al tiempo de retirarse, habían dejado incendiándose la mayor parte de los edificios, especialmente los más inmediatos al Monasterio, sin hallar nosotras de quien valernos en caso de que llegase aquí el fuego para que lo cortase.

No paró sólo en esto nuestra aflicción, pues a las doce del mismo día, llegó a la puerta seglar una gran partida de soldados, compuesta de negros armados de fusiles y sables. Eran éstos del ejército de Chile, que había salido de ésta en la mañana y yendo ya por Palomares se habían vuelto. Venían solos, sin ninguna persona que los pudiese contener y con el sólo objeto de forzarnos a que les abriésemos la puerta para entrar y sacar todas las alhajas y dinero que creían que las familias habían dejado guardado en este Monasterio antes de emigrar.

Es verdad que nos habíamos visto en el compromiso de permitir que dejasen aquí algunas cosas que no pudieron llevar por su precipitada salida; pero nada de mayor interés, reduciéndose sólo a algunas ropas e imágenes.

Estos tales soldados era tanta la violencia y fuerza con que querían que se les abriese que no hallábamos como contenerlos al verlos armados y que venían sin una persona que los contuviese.

Fue ésta, para nosotras, una gran congoja; sólo en Dios mirábamos nuestra defensa. Conocimos que su Divina Majestad nos oyó benigno los clamores que, sin cesar, dirigíamos al cielo para poder contenerlos y que no entrasen.

Tomando fuerzas entonces, les hablamos que no entrasen a la clausura porque incurrieran en

excomuni3n; que se les sacaría fuera todo lo que quisiesen. En esto, una de las religiosas que hacían resistencia para impedir que entrasen, casi fue herida por aquellos hombres, pues, si Dios no desvía el brazo de aquel soldado, por cierto, que le divide la cabeza con un sable.

Las seÑales de este acontecimiento se conservaban hasta hace poco tiempo que se mudó la puerta que había entonces, en la que estaban las seÑales que dejó el sable.

En fin, les sacamos a la puerta los cajones y baúles que habían quedado encargados; luego los abrieron y no hallando en ellos cosa de interés como pensaban, los dejaron con desprecio.

Las criadas que habían presenciado aquello, entraron los baúles; los mismos que dejamos aquí cuando salimos, y se perdieron.

Desengañados los soldados, de que no había cosa de interés, se retiraron y nosotras rendimos gracias al Todopoderoso por haber librado con la vida.

Llenas de susto por lo que habíamos sufrido aquel día y sin saber que estaría por venir, nadie durmió esa noche. Todas nos refugiamos en el coro para prepararnos a la muerte si así su Divina Majestad lo determinaba.

Nuestro capellán, que lo era el seÑor presbítero don Bernardino Villagra¹⁸⁶, no estaba aquí y en su lugar estaba haciendo sus veces el R. P. seÑor José Patiño¹⁸⁷, el que todo ese día lo pasó escondido en las tribunas de la iglesia y a la noche salió y se fue para su pieza.

También en el patio del compás¹⁸⁸ se refugiaron las criadas del monasterio. ¡Cuál sería nuestra situación, solas en esta ciudad y amenazada de que iba a ser ocupada por indios!

Nosotras estábamos sin recursos para subsistir. En tiempo de guerra, quien habla de pagar los censos; pero ¡Bendito sea Dios! que nos sostuvo de un modo extraordinario, pues los criados iban a recoger los comestibles que habían dejado abandonados las familias que ya habían emigrado y no los habían podido llevar.

En el año 18 salió el ejército de Talcahuano¹⁸⁹, quedando con el mando el seÑor Coronel espaÑol don Francisco Sánchez¹⁹⁰, el que viendo que la guerra parecía interminable y que, según

¹⁸⁶ El presbítero don Bernardino Villagra había nacido y se había educado en Concepción. Una vez ordenado fue teniente cura de San Carlos de Purén. En 1810 fue nombrado capellán del monasterio de las monjas trinitarias de Concepción. Convencido realista, en 1813 se acogió, con otros cuatro clérigos, al convento franciscano de Chillán. Vuelto a Concepción debió en 1818, cuando Unzueta ordenó el retiro de las monjas, acompañarlas para su seguridad moral y física en su peregrinación por la Araucanía, junto al franciscano Simó y al dominico Rodríguez, Regresó con ellas a Concepción en 1822. De allí pasó a desempeñar el curato de Linares en el año 1824.

¹⁸⁷ El franciscano, después secularizado, don José Patiño, fue capellán de coro de la Catedral de Concepción. Fue secularizado por Cienfuegos en 1824. En 1835 resultó gravemente herido en el terremoto que el 20 de febrero de ese año asoló la ciudad. Tenía en ese entonces 60 años de edad.

¹⁸⁸ “Compás” es el espacio urbano en forma de atrio o plazuela que precede la entrada de las iglesias y el cuerpo de la portería de los conventos, dispuestos en ángulo recto respecto de aquéllas. El “patio del compás”, así, debió ser el contiguo a la portería.

¹⁸⁹ El relato, al omitir la referencia a los hechos ocurridos a comienzo de 1818, puede inducir a error en la identificación de este ejército que salió de Talcahuano. Los sobresaltos de las monjas con la soldadesca de la retaguardia del ejército patriota tienen lugar en agosto de 1817. Los realistas vuelven a Concepción el 3 de enero de 1818, bajo el mando del coronel Ordóñez. El 10 de enero desembarcó en Talcahuano el general realista Mariano Osorio con el ejército venido del Perú, instalando su cuartel general en Concepción. Sufrida la derrota de Maipú en abril de ese año, ese mismo ejército se retira de Chile; una parte, bajo el mando del coronel Sánchez, se dirige al Sur, llevando a las monjas consigo.

¹⁹⁰ El coronel Juan Francisco Sánchez fue comandante del ejército realista, como segundo de Ordóñez, en el distrito de Concepción. Le correspondió reemplazar a Osorio en 1818 y fue encargado de la defensa de Talcahuano. Valeroso soldado espaÑol, fue siempre postergado por foráneos en la dirección de la guerra de Chile, motivo por el cual no quiso acompañar a Osorio en su huida. Por esto fue castigado por el virrey Pozuelo, no despachándole el título de brigadier que se encontraba en sus manos. Se retiró en septiembre de 1818 a Valdivia, llevando consigo a las monjas

lo que los caciques habían dicho al mismo Sánchez, esperaban que éste saliese con su ejército para venir los indios a ocupar la ciudad, se movió a enviarnos una orden para que saliésemos del Monasterio.

Paréceme que esta orden nos la dieron el día 28 de Agosto de 1818. Nosotras contestamos, que de ninguna manera podíamos hacerlo porque sólo se nos permitía por nuestra Constitución el poder salir en los casos siguientes: para ir a fundar algún Monasterio de nuestra orden, por incendio o por peste y que moriríamos antes que traspasar uno de nuestros estatutos. Esto nos parecía ya el colmo de nuestra desgracia.

Por otra parte, el señor Provisor don Joaquín Unzueta se hallaba muy acongojado por ver nuestra situación. El sentía en extremo que tuviésemos que tocar un recurso tan duro, en vista del riesgo que corríamos si quedábamos solas aquí, pues ya se había dado orden de que emigrase el poco vecindario que había en ésta y en esta situación le pareció conveniente celebrar un consejo de todos los sacerdotes que en aquella época había aquí para deliberar sobre si debíamos salir o no.

Asistieron a dicha junta los padres recoletos de Chillán que se hallaban aquí de paso en su emigración¹⁹¹.

El señor Provisor nos avisó que el resultado de la junta había sido que debíamos salir, pues, el peligro en que quedábamos si no salíamos, era mayor que el de peste o incendios; que lo habían resuelto en vista de los Concilios y que también había autores que decían que un Monasterio en aquellas circunstancias debía ser abandonado por sus religiosas para resguardarse de los peligros de una guerra.

Después que pusieron en conocimiento de la comunidad lo resuelto en el Consejo, nos dio orden el señor Provisor¹⁹², de que saliésemos para que, yéndonos por tierra a Valdivia, nos embarcásemos para Lima a nuestro Monasterio de Trinitarias en aquella capital. A esto contestamos que no lo podíamos efectuar, que no había con qué poder hacer un viaje tan largo, pues nos hallábamos sin recursos.

Esto llegó a noticias del señor General Sánchez y nos envió a decir que nada tendríamos que gastar, que todo corría de cuenta del Gobierno y que acomodásemos todo lo de más interés del monasterio, que para nosotros es lo perteneciente a la sacristía, por ser del servicio del culto divino y el archivo para la seguridad de las dotes y principales; previniéndonos dicho señor que no demorásemos en disponer otras cosas porque nuestra salida debería tener lugar a mediados del mes entrante de Septiembre, para que saliésemos antes que el ejército a fin de que así fuese mejor resguardada la comunidad.

Nos agregó que ya había comisionado en la ciudad de Los Ángeles al señor doctor Manuel Mieres¹⁹³ y a otros sujetos para que viniesen con cabalgaduras y todo lo necesario para efectuar nuestro viaje.

trinitarias, a quienes, luego de abandonar Los Ángeles, dejó abandonadas en Arauco. Tuvo contacto y fue jefe directo del montonero realista Vicente Benavides. Estuvo siempre preocupado de la suerte que corrieran las monjas que Unzueta le había confiado y les prestó ayuda cuanto pudo. Llegó a Valdivia con el ejército destrozado y después de sortear numerosas dificultades en 1819. Fue llamado por el virrey Pezuela al Perú y en cumplimiento de esta orden murió en un tambo del camino.

¹⁹¹ Los franciscanos del convento de Chillán abandonan su casa el 23 de febrero de 1817, refugiándose en Talcahuano, al amparo de Ordóñez. Luego fueron trasladados a Lima, no sin dejar tres sacerdotes y tres hermanos que sirvieran de auxilio espiritual al ejército realista. El colegio de Chillán, en el que se había educado O'Higgins, fue quemado por las tropas patriotas en 1818.

¹⁹² El provisor del obispado era Unzueta y siguió después a su obispo al Perú.

¹⁹³ El doctor Manuel Mieres y Jibaja fue regidor de Los Ángeles y alcalde de esa ciudad en 1828. Estaba casado con doña Carmen Arredondo.

Puedo asegurar que cada cosa de éstas o cada providencia que veíamos que se tomaba para la salida, era para nosotras como dividirnos el corazón. Nos hallábamos tan turbadas que no teníamos valor para dar ni un paso en nuestros acomodos. Yo, que en aquella desgraciada época, era por obediencia sacristana ¡cuál sería mi dolor! Sólo Dios lo sabe; pero, no había remedio y procedí a hacer lo que me mandaba la prelada.

Luego acomodé la custodia, vasos sagrados y todas las demás alhajas de interés, aunque la mayor parte de esto ya lo habíamos enviado a Lima para que allá lo asegurasen nuestras hermanas Trinitarias y creyendo que hasta allá no había de alcanzar la guerra.

Cuando ese país sufrió también la revolución hicieron de parte del Gobierno que entregasen dichas alhajas¹⁹⁴ y sólo libraron las joyas de nuestra Señora del Milagro¹⁹⁵, la custodia y algunos vasos sagrados, que lo demás, como dije, se perdió.

Se siguió, pues, acomodando los ornamentos e imágenes hasta que llegaron de Los Ángeles los comisionados para conducir la comunidad, con orden de hacer caminar adelante las cargas de ornamentos y entró el señor Mieres con los demás que tenían la misma comisión a imponerse de todo lo que iba.

Nuevamente encargó el señor General Sánchez al señor Mieres el cuidado con que habían, tanto él como los demás sujetos de su compañía, de conducir a la comunidad, diciéndole que le autorizaba para castigar a los que intentasen perjudicarnos o insultarnos.

Ya llegó el amargo día en que habíamos de salir. Nos envió a decir el señor Sánchez que el día 24 de Septiembre, que fue el de 1818, debíamos salir, que ya estaban prontas en las orillas del Bío-Bío, las embarcaciones en que debíamos hacer nuestro viaje y que llevásemos todo lo que pudiésemos; pero como las camas ya las habían llevado por tierra, fue muy poco lo que llevamos.

El día 23 nos avisó el señor Provisor que al día siguiente era la salida a las cuatro de la mañana, porque decía el señor General que él no podía salir con su tropa hasta que saliese la Comunidad.

Aunque ya se nos había prevenido el ánimo para este duro sacrificio; al ver llegar el día y hora, por cierto que todas hubiéramos querido más bien morir entonces, y más de una envidiábamos la suerte de nuestras hermanas que ya descansaban en el Señor, pues de buena gana hubiéramos querido quedar sepultadas con ellas en esta santa clausura a tener que abandonar nuestro Monasterio. Nosotras, aunque nos hacían ver los riesgos que corríamos si quedábamos aquí, bien preveíamos que llegar a Lima donde pretendían llevarnos desde Valdivia, era difícil, por causa de la misma revolución y que para esto, teníamos que pasar por tierra de indios.

Yo no sé cómo han podido jamás creer que nuestra salida fue por nuestro gusto: sólo Dios sabe lo que nos costó este sacrificio, que, si su Divina Majestad no nos hubiera confortado en esta desgracia, por cierto que habríamos muerto en fuerza de nuestro dolor. Jamás habríamos salido si no hubiera sido por la terminante orden del Gobierno y lo resuelto por la junta que, para deliberar sobre esto, hizo el señor Provisor.

Por otra parte, cómo poder resistir a las Divinas Imposiciones, si tanto tiempo antes se había dignado Nuestro Señor dárselo a entender a una religiosa, sierva suya, la madre San Ignacio, religiosa profesada de las fundadoras del Beaterio que vivía por los años 1744.

¹⁹⁴ En Lima hubo requisición de joyas eclesiásticas, tanto bajo gobierno realista (resistiéndose el arzobispo Las Heras) como bajo el republicano.

¹⁹⁵ Nuestra Sra. del Milagro es la misma Ntra. Sra. del Boldo y a su amparo se había formado la comunidad trinitaria en 1700.

Estando esta religiosa en oración, a las seis de la tarde con la comunidad, su Divina Majestad se sirvió de manifestarle nuestra salida de lo que ella quedó tan sorprendida, que, dando voces, como fuera de sí, dijo en voz alta: “Salgan todas con sus capas, velos y breviarios”. Se la hizo callar por ser hora de tanto silencio en que estaba la comunidad en oración y concluidas las completas que se siguen a ésta, la prelada, que lo era entonces la madre Margarita de San Joaquín o la madre Francisca de San Gabriel¹⁹⁶, llamó a su celda a la madre San Ignacio y la reconvino por haber perturbado a la comunidad y le exigió que le dijese por que había obrado así y ella guardó silencio. Entonces la prelada le mandó por obediencia que le dijera y ella, rindiéndose a la obediencia, dijo que había visto salir a la comunidad huyendo, sin más que sus capas, velos y breviarios, subiendo cerros y andando por caminos muy desconocidos que no eran los de Penco, sino entre indios.

Tantas cosas sucedieron que nos pronosticaban nuestra salida, que el referirlas todas, seria cansar la atención del lector.

No pasaré, sí, en silencio lo que nos dijo un religioso siervo de Dios que murió en fines del siglo pasado con opinión de santo. Este sorprendió un día a una religiosa confesada suya, diciéndole que había visto navegar por el Bío-Bío unas embarcaciones con la comunidad Trinitaria y como entonces no había ni asomos de guerra, es de creer que Dios le había manifestado nuestra salida y él por no afligirnos no quiso decirnos más.

El día 23 del dicho mes, después de cumplir con el oficio divino, interrumpido de sollozos y lágrimas en el coro, ya despojado de todas sus imágenes con excepción de la del Señor Crucificado que tenemos en el altar y que lo dejamos en él, fue espectáculo verdaderamente triste ver a la Comunidad arrodillada delante del crucifijo, deshecha en llanto, pidiéndole perdón de sus pecados, que daban ocasión a que su Divina Majestad la castigase de aquel modo y pidiéndole, al mismo tiempo, su bendición y Divina Asistencia en todos nuestros trabajos.

Penetradas de los mismos sentimientos, hicimos igual despedida de todas las demás oficinas.

Esa noche no se tocó a refectorio; nuestro sustento fueron las lágrimas. Nadie durmió esa noche. A todas las oficinas y celdas les pusimos sus llaves y reunidas todas, las entregamos a un mozo de confianza para que cerrase las puertas exteriores y las guardase, porque teníamos esperanza aunque remota de volver pronto a nuestro Monasterio.

A las tres de la mañana del día 24, nos avisaron que ya estaban las carretas prontas en la puerta falsa para conducir a la Comunidad y que ya era tiempo de salir. Todas nos fuimos al coro para pedirle la bendición a la Santísima Trinidad y suplicarle que nos asistiese con sus divinos auxilios, en todo el tiempo de nuestro destierro. Luego, tomando la prelada un crucifijo en las manos (cuya imagen sagrada acompañó a la Comunidad hasta la vuelta) se ordenó una triste procesión, rezando las Letanías de los Santos, precediendo las preladas que lo eran entonces: Ministra, la madre Ángela de Nuestro Padre San Juan de Mata, en el siglo, Ortega y Vicaria, la Madre Mercedes de San Antonio, González en el siglo.

Toda la Comunidad que salió se componía entonces de treinta y dos, faltando cuatro para completar el número de 36 que debemos ser y de éstas hoy sólo vivimos siete.

Llegó, pues, la Comunidad a la puerta falsa, yendo todas con capas y velos, como estaba pronosticado, llevando los breviarios y linternas encendidas, por no haber todavía luz del día. Todas íbamos tan turbadas que puedo asegurar que no sabíamos si caminábamos por nuestros pies o los ajenos.

¹⁹⁶ Ambas Madres eran del grupo de monjas venidas en 1736 de Lima. La M. Margarita de San Joaquín fue maestra de novicias y la M. Francisca de San Gabriel, ministra, es decir, Priora del convento.

En la puerta estaba ya, a caballo, el padre capellán, que lo era el señor don Bernardino Villagra. También estaba allí el R. P. Baltasar Simó, religioso recoleto de Chillán, y el R. P. fray Valerio Rodríguez, dominico, y éstos nos acompañaron en toda nuestra peregrinación hasta la vuelta¹⁹⁷.

Otro señor sacerdote estaba también allí; no recuerdo su nombre, y nos hizo una plática dirigida toda a que nos conformásemos con la voluntad de Dios, que llevásemos por su amor los trabajos. Esta plática la oímos estando dentro de la clausura la Comunidad y concluida ésta, nos exhortó dicho señor diciéndonos: “Madres, tened buen ánimo y salid”.

El dolor que entonces sufrimos fue tan grande, que sólo puede tener comparación con el momento de la separación del alma del cuerpo. Solamente el tener que recordarlo para estamparlo en este papel, me hace verter nuevas lágrimas. Espero en la bondad de Dios que se habrá dignado aceptar todo lo que padecimos en aquel infausto tiempo, como sufrido por su amor.

En fin, salimos y nos fuimos acomodando en los humildes carruajes que nos conducían y con nosotras las doce fieles criadas que nos servían dentro de la clausura y que voluntariamente nos quisieron acompañar. Su comportamiento fue muy buena en todo el tiempo de nuestra peregrinación y nos acompañaron y sirvieron hasta volver con la Comunidad.

Continuamos caminando, calle para el río y todas las pocas gentes que quedaban en esta ciudad, salían a sus puertas a vernos pasar sin poder contener el llanto por nuestra salida. Así caminábamos, haciendo duelo por cada paso que nos apartaba de nuestro monasterio, acompañadas de los capellanes y de un cuerpo de guardia que el Gobierno había señalado para resguardo de esta Comunidad y que nos acompañó hasta las trancas de Hualqui, yendo por tierra a una vista de la Comunidad que navegaba por el río.

Llegamos ese día de nuestra primera jornada, como a la salida del sol, al curato de la Mochita que está como una legua de aquí¹⁹⁸. Allí encontramos a las criadas de unas señoras piadosas que las habían enviado para que nos esperasen con mate, cuyo desayuno fue para nosotras muy insípido, pues nos hallábamos como en otro mundo, muy inferior a nuestro monasterio.

Concluido el desayuno, nos fuimos a la capilla a rezar Horas; mientras tanto, nuestras sirvientas nos preparaban lo que habíamos de comer y tomando este corto alimento estábamos, sazónándolo con nuestras lágrimas, cuando recibimos la orden de embarcarnos y fue tan precipitada la salida, que ni concluimos de comer, nos embarcamos pues, y navegamos hasta puestas de sol, que llegamos a Chiguayante y nos alojamos en los ranchos de unos pobres muy devotos y bienhechores de este monasterio.

Esto fue en la tarde del 24. Allí rezarnos el oficio divino, y en todo el tiempo de la navegación por el río nunca faltamos al cumplimiento de esta obligación porque siempre, antes de salir por la mañana, rezábamos Horas; en las lanchas, Vísperas y Completas; y en el alojamiento, Maitines.

El 25 proseguimos nuestra marcha y a puestas de sol nos alojarnos en el campo, sin tener el consuelo de nuestras pobres camas, porque no supieron los que las conducían por tierra el lugar

¹⁹⁷ Sobre el P. Bernardino Villagra, véase la nota 6.

Fray Baltasar Simó OFM, era natural de Mallorca, donde había nacido en 1769. Profesó en 1787 y llegó a Chile, al colegio de Chillán, en 1795. De recordada actuación en Valdivia, La Imperial, Santa Bárbara y Cudico, figuró entre los tres sacerdotes franciscanos que se quedaron en Chile, después del éxodo de la comunidad chillaneja en 1818. Acompañó a las monjas trinitarias en su emigración y falleció en olor de santidad en Concepción, el 1^o de abril de 1850.

Del dominico Fray Valerio Rodríguez no tenemos información.

¹⁹⁸ El curato de la Mochita fue una capilla fundada por los jesuitas en el valle de la Mocha, con el objeto de misionar a los indígenas, antes de 1767. Existió hasta el año 1870, bajo la advocación de S. José.

donde había alojado la comunidad.

De allí salimos el 26 y alojamos en el campo; pero ya con el alivio de haber llegado las camas.

Continuamos el 27, siempre haciendo nuestro viaje por el río y llegamos a las trancas de Hualqui¹⁹⁹; de allí continuamos el 28 y avistamos la capilla de dicho curato. El cura se mostró muy deseoso de que alojásemos en aquel pueblo; pero, agradeciéndole su favor, seguimos nuestra marcha porque gustábamos de alojar en el campo y llegamos un poco más allá, siempre a la hora acostumbrada.

El día 29, nos fue a ver el señor Cura para consolarnos y nos llevó algunos obsequios, y aquel día no nos dijo misa el capellán, por ser día de la fiesta del señor San Miguel y después de tomar algún alimento, continuamos nuestra marcha.

A puestas de sol, alojamos en el campo. El 30 salimos de allí y llegamos a unos ranchos inmediatos al río. En ese alojamiento, recibimos un socorro de carne y pan que nos envió la señora doña Antonia Mieres desde su hacienda, lo que fue de mucho socorro para la Comunidad, porque, aunque de aquí, habíamos sacado las provisiones convenientes para el sustento de la Comunidad, éstas iban en una lancha muy pesada que en toda la navegación no nos alcanzó y llegó a los diez días después de haber salido de aquí, cuando ya estábamos en Los Ángeles, con todo inservible por estar corrompido.

Por fin, el día 1º de Octubre hicimos nuestra última navegación y desembarcamos en una reducción de indios, llamada Santa Fe²⁰⁰, en momentos en que se preparaba una fuerte tempestad de lluvia.

Al anochecer llegaron de Los Ángeles²⁰¹ unas carretas muy bien cubiertas y aderezadas que la bondad de algunas señoras de allí habían hecho preparar para conducir a la Comunidad hasta la ciudad; también nos avisaron que todo el vecindario se preparaba para salir a recibirnos. Esto fue para nosotras de mucha confusión y clamamos a Dios lo estorbese, pues no éramos acreedoras a tanta honra.

Estando, pues, en este alojamiento, a las nueve de la noche se descargó la lluvia con mucha fuerza, sirviéndonos de resguardo para ponernos a cubierto de aquella tempestad las carretas que nos habían enviado, porque en aquel paraje no había casas donde alojar y sólo la Providencia de Dios, podía habernos deparado aquel asilo en aquella necesidad.

La lluvia crecía cada momento más, y así amaneció el día 2 de dicho mes sin poder encender un poco de fuego para darles algún desayuno a las enfermas y ancianas. A las 12 del día fue menos el agua, entonces pudimos ya socorrer a nuestras enfermas y continuar nuestra marcha. Los capellanes montaban sus caballos y, la Comunidad en las carretas; y a las cuatro de la tarde de aquel día llegamos a la ciudad de Los Ángeles donde nos salieron a recibir los vecinos de aquel caritativo pueblo que tan buena acogida nos dieron.

Nos condujeron a la quinta del señor Fernando Amador de Amaya²⁰². Esta posesión era bellísima y prestaba toda comodidad para hospedar a la Comunidad. Tenía mucha fábrica Y

¹⁹⁹ La villa de San Juan Bautista de Hualqui fue fundada en 1759, próxima a Concepción, en fértiles campos de la zona norte del río Bío-Bío. Trancas es una estancia o hacienda de su jurisdicción.

²⁰⁰ El fuerte de Santa Fe, en la banda oriental del Bío-Bío, fue fundado en 1670 por el presidente Francisco de Meneses y destruido en el alzamiento general araucano de 1723. La reducción o pueblo de indios contiguo estaba sujeta al comandante de la plaza de Nacimiento y contó con una misión a cargo de los jesuitas, la cual perduró hasta 1767.

²⁰¹ La villa de Nuestra Señora de los Ángeles fue fundada en 1742 por el presidente del Reino, José Antonio Manso de Velasco, dotándola de un fuerte, en la llamada Isla de la Laja, entre este río y el Bío-Bío.

²⁰² Don Fernando Amador de Amaya y Caballero, natural de Badajoz, Extremadura, era desde 1805 coronel graduado del regimiento de Dragones de la Frontera.

estaba amurallada.

Todas aquellas gentes se portaron muy bien todo el tiempo que permanecimos allí que fue desde el 2 de Octubre hasta el 21 de Enero del siguiente año de 1819.

Mucho favor recibimos de los habitantes de esta ciudad; nos socorrieron con todo lo necesario, de lo que siempre vivimos agradecidos, especialmente de la señora doña Gertrudis Contreras, madre de sor Petronila del Rosario. Esta señora fue tan buena, nos tenía una despensa provista de todo lo necesario para el sustento de la comunidad y también camas para las que las necesitasen.

Las señoras Mieres también se mostraron muy generosas, que entonces vivía Sor Manuela de Sta. Clara Río y Mieres, hija de la señora doña Javiera Mieres.

Cuando llegamos a la quinta, ya estaba todo el señorío de aquella ciudad esperándonos con mucha urbanidad y obsequio, de manera que por la comodidad que allí disfrutábamos nos parecía que allí habríamos de permanecer hasta que cesase la guerra y pudiésemos volver al monasterio.

Allí guardamos clausura y en todo seguimos la regular observancia, como en nuestro monasterio. Teníamos coro y todos los actos de Comunidad y distribuciones, sin faltar ninguna.

Encontramos en esta quinta muchas tarimas que el Gobierno había dispuesto se hiciesen para las camas de las religiosas, que hasta esa comodidad encontramos.

Noticiosos los indios de que estábamos allí, vino un cacique con otros indios de su tierra para visitarnos y conocernos. El cacique venía vestido de militar y hablaba el castellano.

Llegaron a la puerta y con mucha urbanidad diciendo que sólo venían a hacernos una visita. La Comunidad salió hasta cerca de la puerta para poder hablar con el cacique, sin traspasar los límites de la clausura y ellos con mucha moderación no hicieron ninguna insinuación para pasar adentro.

Concluida la visita, se retiraron haciéndonos muchas ofertas y manifestando mucho gusto de habernos conocido: nosotras les agradecemos su atención y ellos se despidieron²⁰³.

En aquella ciudad permanecimos hasta el mes de Enero en que nos intimaron una orden el día 21, porque el ejército continuaba su marcha y los indios esperaban que saliesen para venir a la ciudad, como en efecto vinieron e incendiaron las casas y se llevaron a muchas señoras cautivas²⁰⁴.

Nosotras nos habíamos resistido mucho a salir por no alejarnos tanto de nuestro Monasterio, al que tanto suspirábamos por volver, previendo también los padecimientos que habríamos de sufrir hasta llegar a Valdivia, donde pretendían llevarnos para desde allí embarcarnos para Lima a nuestro Monasterio.

En fin, nos hicieron salir aquel mismo día sin haber podido llevar más que los cajones que contenían lo perteneciente a la sacristía, los que hicimos conducir hasta la orilla del río (donde todo lo perdimos, como diré después). Como al anochecer salió la Comunidad; las enfermas y

²⁰³ Precioso documento éste de las relaciones entre indígenas y españoles que muestra hasta qué punto los indios estaban asimilados al cristianismo y tomaban iniciativas dentro de la vida eclesial.

²⁰⁴ Luego que el coronel Juan Francisco Sánchez se retira de Los Ángeles en dirección a Valdivia, comienzan a juntarse las bandas indígenas dispersas en la zona y luego de rodear la ciudad en un número superior a 3.000, la sitian y la atacan, sin lograr tomarla, dada la valentía de sus defensores, resistiendo los continuos ataques hasta la llegada de los refuerzos comandados por Alcázar, quien logra dispersar a la indiada.

ancianas en carretas y las restantes a pie sin llevar ni camas ni ropas.

Esa noche llegamos bastante distante de Los Ángeles, y nos alojamos en un camino sin tomar ningún alimento y sólo confortándonos con hacer repetidos actos de conformidad con la voluntad de Dios, esperando el día para continuar nuestra marcha, y aunque siempre resignadas, no podíamos contener las lágrimas al recordar nuestro monasterio.

Cuando hubo amanecido, caminamos y llegamos a unos ranchos de unos pobres, donde nos dieron algún alimento; pero luego tuvimos que seguir nuestra marcha, siempre a una vista con el ejército.

En este mismo día llegó a Los Ángeles el señor General don Ramón Freire (a quien Dios tenga en el cielo)²⁰⁵. Luego que llegó preguntó por la Comunidad de Trinitarias y sabiendo que habíamos salido, dispuso salir, haciendo apurar el paso a su ejército para que si fuese posible alcanzarnos; pero ya nosotras estábamos en la playa del río, en la mayor confusión que jamás hemos visto, entre una multitud de gentes de todas clases y condiciones que emigraban para el otro lado; e innumerables ganados que para librarlos querían pasar los hacendados y las embarcaciones para pasar muy escasas ¿qué sería de la comunidad en esta aflicción? Se aumentaba esta confusión cuando se avistó al señor General Freire con su ejército en el alto de un cerro inmediato y el ejército del señor Sánchez estaba en la playa.

Viendo el señor Freire que la Comunidad estaba también allí, impidió que hiciesen fuego al otro ejército por no herirnos a nosotras, hasta que se apartaron un poco de la playa y se batieron.

Viendo el riesgo en que estábamos, el señor Sánchez nos proporcionó una lancha bastante capaz para que pasásemos y en ella pasaron todas las que cupieron, quedando a este lado como nueve religiosas y cinco criadas que no cupieron en la lancha, pues las demás habían pasado con la Comunidad. Entre tanto, estábamos esperando las que nos quedamos en la playa, a que volviese la embarcación por nosotras.

Estábamos en tanto riesgo, que compadecidos los oficiales del señor Sánchez de vernos en tanto peligro, nos pasaron en ancas de sus caballos a una isla que está como a la mitad del río, donde permanecimos hasta las cuatro de la mañana sólo acompañadas de los dos religiosos, que antes he mencionado, que eran el R. P. Fr. Baltasar Simó, el P. Fr. Valerio Rodríguez y el capellán que con sus santas exhortaciones nos confortaba.

A eso de las cuatro de la mañana llegó la lancha y nos embarcamos, dejando perdidos en la playa todos los cajones de los ornamentos y todas las cosas más importantes del Monasterio.

La pérdida de los ornamentos fue para nosotros motivo de indecible pena, por no saber que destino darían a las vestiduras sagradas; pero si, pasaron un cajón que contenía unos candelabros de plata y también unos ornamentos de los más usados que no sé cómo pudo venir esto en la embarcación.

Tuvimos el sentimiento de no llevar con nosotras a las cinco criadas, pues el resto de la comunidad que quedaba por pasar, estaba en la isla y ellas en la playa y nos embarcamos, como he dicho, a las cuatro de la mañana no pudiendo ellas ir con nosotras. Una de ellas pereció en el río; otra pasó toda la noche en el río y decía que había librado por intercesión de Nuestra Señora del Carmen²⁰⁶ a quien se encomendó muy de veras para poder salir a tierra y juntas las cuatro,

²⁰⁵ Don Ramón Freire y Serrano, célebre héroe de la Independencia, intendente de Concepción hasta 1822 y luego Director Supremo hasta 1826, tuvo activa participación en los encuentros entre realistas y patriotas en la zona de la Frontera, hasta la limpieza total de la región de guerrillas en la llamada “guerra a muerte”.

²⁰⁶ La devoción a la Virgen del Carmen fue introducida en Chile desde el siglo XVI y contribuyeron especialmente a ella los agustinos y desde el último tercio del siglo XVII, las carmelitas descalzas del monasterio de S. José, de Santiago. Antes de la batalla de Maipú, O'Higgins hizo voto de consagrarle un santuario en el campo en que las

se volvieron a esta donde recibieron mucho favor y socorro del buen General Freire, y cuando volvimos, se vinieron otra vez al Monasterio.

Llegamos al otro lado, estos es, a inmediaciones de Nacimiento²⁰⁷, con los hábitos todos mojados y sin ningún alimento y con la gran congoja de haber perdido todo lo que había quedado en la orilla opuesta, y seguimos nuestra marcha y nos reunimos al cuerpo de la comunidad que ya estaba alojada en el fuerte de aquella plaza.

Nuestras hermanas nos recibieron con lágrimas, considerando lo mucho que habíamos tenido que sufrir en las pocas horas que estuvimos separadas y que por la misericordia de Dios ya no nos volvimos a separar más en toda nuestra peregrinación, porque nuestro único consuelo era estar todas juntas, así parecía que eran menores nuestros sufrimientos.

Cuando llegamos donde nuestras hermanas, éstas no tenían fuego para secar los hábitos que pesaban de mojados y también alguna ropa que habíamos llevado con nosotras, pues una de las religiosas de las que pasamos en la última porción, por Providencia de Dios, había podido librar la bolsa de ropa que sirvió de mucho socorro.

En este lugar permanecemos algunos días en los que tuvimos el consuelo de rezar el oficio divino; también tuvimos misa y comunión, pues habíamos estado privadas de este gusto porque, desde que salimos de Los Ángeles, todo había sido caminar entre mil riesgos.

El ornamento se había perdido; pero el capellán del ejército nos envió el de su uso, antes de irse, y este fue el que nos sirvió todo el tiempo de nuestra peregrinación.

Harían como siete días que estábamos aquí en una casa mal acomodada; pero conformes con la voluntad de Dios, aunque careciendo hasta de los alimentos necesarios, cuando nos dieron orden de continuar nuestra marcha y también marchó el ejército. Lo poco de ropa que habíamos podido librar, aquí lo perdimos todo.

Llegamos a un lugar llamado La Palmilla donde estuvimos tres días. El camino era muy malo, tuvimos que subir un cerro tan escarpado que nos costó trabajo indecible la subida y sólo las enfermas y ancianas iban a caballo.

Habíamos llegado a un bajo donde había árboles y nos pusimos a descansar allí, cuando llegó, donde estaba la comunidad, un sujeto de Santiago, el señor don Bernardino Gómez. Este caballero se compadeció tanto de vernos tan cansadas y sin tener que comer, que hizo matar un ternero para darnos carne asada; pero no sería la voluntad de Dios que por entonces pudiéramos satisfacer nuestra necesidad, porque antes de tomar este alimento, nos ordenaron que caminásemos y al anochecer llegamos a una quebrada.

Esa noche llovió mucho y nos guardábamos de la lluvia con unos “panques”²⁰⁸, que en el lugar había muchos, sirviéndonos de paraguas. Así pasamos aquella noche haciendo repetidos actos de conformidad.

Al otro día continuamos caminando y el señor Coronel Sánchez destinó dos oficiales y cuatro soldados para que condujeran a la comunidad, por ser uno de los oficiales muy práctico en aquellos caminos que lo era don Pedro Ficarte (Picarte)²⁰⁹ el que, según he sabido, está en

fuerzas armadas sellasen la independencia.

²⁰⁷ El fuerte de Nacimiento de Nuestro Señor fue fundado por el gobernador de Chile, Alonso de Ribera, en la Navidad de 1604, en las juntas del río Bío-Bío con el Vergara; el 20 de agosto de 1756 el presidente Manuel de Amat le dio nueva forma, creando junto a él una villa, de interesante planta trapezoidal, ejemplar al parecer único en América.

²⁰⁸ El pangue o nalca es una planta de grandes hojas cuyos tallos son comestibles y que puebla las quebradas de las zonas boscosas de Chile austral.

²⁰⁹ Es posible que Sor Juana María de S. José confundiera los nombres y se refiera en este lugar a Ramón Picarte,

Copiapó y el otro, que era don Isidoro Vázquez, está, según creo, en la capital.

Vuelvo, pues, a nuestro viaje. El señor Sánchez proporcionó cabalgaduras para la Comunidad; pero no las suficientes para todas, así es que unas caminaban a caballo y otras a pie, cuidando siempre de que caminasen a caballo las enfermas o ancianas.

Llegamos a la cuesta de una montaña tan espesa de quintales que era impenetrable, tanto que, para pasar el ejército tuvieron que abrir camino. Pasó el ejército y nosotras también y llegamos a una llanada.

Allí se alojó el ejército y la comunidad a cierta distancia, como también los capellanes que jamás nos abandonaban.

Al salir el sol del día siguiente caminamos y subimos unos cerros muy altos de Los Pinos y ya puesto el sol, llegamos a una quebrada donde el alimento que tuvimos fue unas cabezas de pino, que los soldados nos llevaron y que eran muy insípidas por estar verdes.

Al otro día nos socorrió el Coronel Sánchez con carne y después que nos alimentamos seguimos nuestro camino para Angol²¹⁰ y llegamos a un lugar en que había muchas lagunas. Los oficiales se adelantaron al ejército para pasar a las religiosas que iban a pie y lo mismo hicieron nuestros capellanes; pero con todo, no hablan los suficientes caballos para pasar y estábamos viendo como remediar esto, cuando llegaron allí unos indios a caballo que venían muy oficiosos diciendo que ellos también querían pasar a las monjitas, como en efecto pasaron a algunas religiosas y después se fueron muy contentos.

Caminamos y llegamos a un llano de Angol donde alojamos temprano y luego llegaron muchos indios sin armas que venían al parlamento con el Coronel Sánchez. En esto emplearon la tarde y la mayor parte de la noche y por la mañana temprano se fueron y el ejército siguió su camino para Tucapel y también la Comunidad.

Caminamos unos dos o tres días y avistamos un cerro tan alto que, cuando decían que teníamos que subirlo, nos parecía imposible. Llegamos por fin, a esta cordillera y empleamos en subirla, un día entero sin haber ni una gota de agua ni ningún alimento²¹¹.

Tuvimos que pasar por caminos muy fragosos y por mucha montaña y a las diez de la noche llegamos a un llano de Tucapel²¹², donde se alojó la comunidad y el ejército en la bajada de la Cordillera.

coronel chileno de origen francés (Picart), comandante de artillería de Concepción en 1819 e intendente de Valdivia en 1826. Rescató a las monjas trinitarias de la férula de los indios araucanos, poniéndose de acuerdo con Carrero y fingiendo una batalla, en 1822.

Con todo, también podría ser que Pedro Picarte fuera hermano o pariente de Ramón, ya que según el relato se trata de un oficial realista que en 1853 al decir de la monja vivía en Copiapó, mientras que Ramón era activamente del bando patriota, luchó contra los montoneros realistas y murió en Santiago en 1835.

²¹⁰ La ciudad de Angol fue fundada por Pedro de Valdivia con el título de Los Confines a principios de 1553, luego destruida y nuevamente fundada con el de Villanueva de los Infantes por don García Hurtado de Mendoza en 1560, sufriendo nuevas destrucciones y restauraciones en 1598, 1610, 1611, 1612, 1637, 1641, 1695, 1716 y 1723, en que fue definitivamente arrasada, para no recobrar vida hasta 1862. Algunas veces fue reducción, otras, misión y las más, fortaleza; sus nombres, además de los citados, fueron, San Francisco de la Vega, San Luis, San Felipe de Austria, Nuestra Señora de La Almudena y Sto. Tomás de Colhue.

²¹¹ Se refiere a la cordillera de Nahuelbuta, sierra costera que se extiende, desde el sur del Bío-Bío al límite austral de la provincia de Arauco, entre el Pacífico y el valle central.

²¹² Tucapel fue fundado como Casa fuerte en 1552 por Pedro de Valdivia y en sus inmediaciones encontró la muerte al año siguiente el conquistador de Chile. Despoblada en aquel entonces, don García de Mendoza la refundó en enero de 1558 con el título de Cañete de la Frontera siendo despoblada en 1563. Restablecida tres años más tarde por Rodrigo de Quiroga, fue destruida nuevamente en 1569 y 1602; erigida como fuerte por el Marqués de Navamorcuede en 1668, fue despoblada en 1724, subsistiendo sólo su reducción o pueblo de indios.

Estábamos tan cansadas de caminar a pie que nos reclinamos en el suelo y allí nos hicieron fuego para atemperar el frío, que hacía mucho en aquella noche.

En esto llegó aquel señor don Bernardino Gómez, que ya en otra ocasión he nombrado, y que siempre hacía con la Comunidad el oficio de ángel. Este traía carne y arroz y por sus manos hizo de comer y nos repartió según alcanzó de aquel alimento.

Así estábamos cuando oímos una voz como de lejos, que decía: “albricias, que aquí les llevo una monja”. En efecto, era una religiosa que, cuando aquel día pasamos la cordillera, rendida por la fatiga de caminar a pie se sentó a descansar y se durmió. Esto fue como a las doce del día y cuando despertó ya estaba el sol de caída y aquel camino era tan cerrado de montaña que casi no se podía andar; por esto es que la Comunidad caminó sin advertir que se quedaba atrás una religiosa.

Cuando ella despertó y se halló sola en aquella montaña habitada sólo de fieras, sin conocer el camino, no sabía que hacerse de congoja y estaba pidiendo a Nuestro Señor que la socorriese en aquella necesidad, cuando vio venir de lejos, entre el monte, a un hombre a caballo. Ella, con su vista, se le aumentó su temor por no saber si aquel era algún malhechor; pero cuando éste se acercó, conoció por el vestido que traía, que era un oficial que, no sé por qué motivo, andaba por allí. El, cuando vio a la religiosa se sorprendió y le preguntó quien era y qué hacía allí; ella le dijo que era una religiosa trinitaria y le refirió todo lo sucedido y cómo se había apartado de la Comunidad por haberse quedado dormida. El la oyó con mucha compasión y dijo: “¿Es posible que de este modo padezcan las esposas de Nuestro Señor Jesucristo?”. Luego, poniéndola sobre su caballo, la condujo donde estaba la Comunidad, con tanto cuidado y respeto, como si fuera un depósito sagrado.

Cuando aquella religiosa se vio reunida a la Comunidad, no cesaba de dar repetidas gracias a Dios por aquel beneficio lo mismo hacíamos todas las demás por haber recobrado a nuestra hermana.

El oficial, después que nos dejó allí a nuestra hermana, se fue, quedándole toda la Comunidad muy reconocida por aquel servicio.

Cuando amaneció nos dijo Sánchez que no había cabalgaduras para toda la Comunidad, para que continuase su viaje a Valdivia y que nos quedásemos en casa de un indio Pascual, que era amigo de él, hasta que nos mandase un buque por la boca de Lebu y nos pudiésemos embarcar y llegar a Lima, pues éstas fueron siempre nuestras miras y ya que nos habían escrito nuestras hermanas las Trinitarias que nos esperaban en su Monasterio, donde nos proponíamos pasarlo tranquilas hasta que pasarela guerra en nuestro Chile²¹³.

Nos previno Sánchez que, pasados algunos días, hiciésemos un gran fuego en la cima de un cerro para que el buque que nos prometía mandar supiere donde encontrar a la Comunidad²¹⁴. Así lo hicimos, más, aunque veíamos una embarcación a lo lejos, jamás se acercó al puerto.

Permanecimos allí algún tiempo y perdidas las esperanzas de que se acercase, nos retirarnos al rancho que he dicho y como esta era habitación tan estrecha, hicimos diligencias de otro rancho más capaz y a algunas leguas de distancia, se encontró uno que era de la pertenencia de don Andrés Lobo y allí se pasó la mayor parte del tiempo que estuvimos en la tierra de los indios

²¹³ El monasterio de Trinitarias Descalzas de Lima fue fundado en 1682 a instancia del arzobispo de la Ciudad de Los Reyes, Don Fray Juan de Almoguera, de la Orden de la Santísima Trinidad (1674-1676), pero durante el pontificado de su sucesor, Don Melchor de Liñán y Cisneros (1678-1708). En su carta-informe al Papa el arzobispo refiere que en las trinitarias había 30 religiosas de velo negro, 6 de blanco y 10 criadas. Entre el monasterio de Lima y el de Concepción hay una tradición de caridad y ayuda mutua que continúa hasta el día de hoy.

²¹⁴ En este punto las monjas son abandonadas a su propio destino. El coronel Sánchez siguió con sus tropas hasta llegar deshecho a Valdivia y las monjas no recibieron otro auxilio que el rescate final de Freire.

que me parece fueron tres años, siempre suspirando por volvernos a nuestro amado monasterio; mas, cada vez que lo intentábamos, se ponían en movimiento los indios para impedir que nos viniésemos, diciendo que ellos también querían tener monjas.

Por otra parte, nos faltaban cabalgaduras y nos decían algunas personas de las que habían emigrado para la tierra que esta ciudad estaba sola, sin ningún habitante y sólo ocupada algunas veces por guerrillas de salteadores.

Luego que ocupamos la casa de Lobo, sufrimos una grande epidemia de chavalongo²¹⁵, sin librar de ella más que tres religiosas; sin tener ni una estera que sirviese de cama a los enfermos, más que la dura tierra. De esta enfermedad murieron cinco religiosas que fueron: la madre Magdalena Luque, la madre Manuela de la Cruz, la madre Patricia Carvajal, la hermana Josefa Mardones y la hermana Cruz Uriaga.

En medio de tantos trabajos, tuvimos el consuelo de que todas se prepararon para la muerte con los Santos Sacramentos y muy conformes con la voluntad de Dios.

Fueron conducidos sus cuerpos a Arauco, por un sirviente y mayordomo del monasterio, hombre muy bueno, que cumplió fielmente con esta comisión, dando sepultura a las monjas, en un lugar separado, dejándolo muy señalado para que, cuando estuviésemos en nuestro monasterio, volviera él por los restos, como en efecto se hizo así que llegamos a ésta²¹⁶.

Los restos se pusieron dentro de un cajón y aunque se encontraban algo concluidos, venían parte de los hábitos y capas y aún flores desecadas ya; pero pegadas a las cabezas. Estas flores eran de las guirnaldas que les habíamos puesto, como se previene en el ceremonial de Nuestra Orden.

Cual fuese nuestro dolor al ver desaparecer de entre nosotras en tan poco tiempo y en tanto desamparo a estas religiosas y sobre todo fuera de nuestro monasterio, solamente Dios lo sabe. Todas ellas eran muy buenas y de ejemplar virtud: las tres primeras que menciono habían gobernado muchos años a este monasterio con mucho acierto y consuelo nuestro. Se me olvidaba decir que los restos de estas religiosas se enterraron en nuestro coro.

Luego que llegamos a este lugar, que se llama El Rosal, procuramos hacer un ranchito que sirviese de capilla para celebrar el Santo Sacrificio y también sirviese de coro para rezar el oficio divino. ¡Dios sea bendito por tantos beneficios! Estando asistidas, como lo estábamos, de beneficios espirituales, se nos hacían más soportables los trabajos y la carencia en que nos encontrábamos de aún lo más necesario para vivir.

De diario teníamos tres misas y había días que hasta cinco y aunque más adelante se verá que estuvimos en otros parajes, siempre nos favorecía Nuestro Señor con estos mismos auxilios de su misericordia, procurando por nuestra parte guardar todas nuestras Constituciones y Reglas, pues sólo en esto hallábamos consuelo.

No habían librado más que como unas cuatro velas de cera y un ornamento: pero esta cera nos duró, con admiración de todos, todos los años que estuvimos en aquel destierro.

El vino para celebrar lo iba a comprar el P. Fr. Baltasar Simó, andando a pie y sólo consiguió me parece menos de un cántaro y sucedió lo mismo que con la cera en haber durado tanto.

La harina para las hostias, en esos primeros tiempos, la teníamos que hacer en piedras, moliendo

²¹⁵ Llamábase “*chavalongo*” a la fiebre tifoidea.

²¹⁶ Dando un salto en el relato la cronista se adelanta en el tiempo y refiere en el párrafo que sigue la vuelta de los cuerpos de las monjas difuntas al monasterio después del retorno de la comunidad a su casa en 1822.

el trigo y todo trabajo nos parecía poco, por el consuelo de tener misa y poder comulgar diariamente.

Después de Dios, debemos este beneficio a la caridad con que nos acompañaron en nuestra emigración, los señores sacerdotes de que ya he hecho mención, que se sacrificaron tanto por no dejarnos desamparadas. Parecía que no se cansaban de servirnos, muchas veces caminaban a pie por darnos caballos a nosotras y a aquellos ranchos tan desamparados que encontrábamos para habitación y que sólo tenían un mal techo ellos por sus manos cortaban ramas y paja para hacerlas más abrigadas, a la vez que para ellos hacían sus habitaciones aparte.

A más de estos servicios, era grande el empeño con que procuraban proporcionarnos el alimento, pues en aquellos lugares estériles era muy escaso encontrar con qué mantenerse. Ni yerbas se producen por allí, ni árboles frutales como en otros campos y los siembran muy poco, estos señores caminaban a mucha distancia con el sirviente que he dicho que nos acompañó, con el objeto de comprar un poco de trigo o papas, trayendo sobre sus hombros los costalitos que llevaban, con una alegría que sólo Dios podía haberles dado y que nos servía de confusión a nosotras: hasta la leña y el agua la traían a la casa y siempre animándonos y exhortándonos a la paciencia.

Unos dos candeleros de plata, que fue lo único que libró de toda la plata labrada que teníamos en nuestra sacristía, nos sirvieron de algún socorro, pues un platero que andaba por allí los deshizo y los redujo a monedas de aquellas que entonces llamaban cortada. Mientras duró ésta, tuvimos carne que comer; pero fue por poco tiempo porque por una res pedían \$ 24.

Concluido este poco dinero quedamos en suma miseria, más Nuestro Señor nos mandó un socorro impensado y fue que por medio de don Pablo Hurtado, sujeto muy bienhechor de esta comunidad, que había emigrado a Lima y sabiendo la falta de recursos en que nos hallábamos y teniendo él un poco de dinero de la Comunidad, a rédito, tuvo la bondad de mandarnos en un buque que vino por Arauco, azúcar, yerba para mate y unas piezas de género para vestirnos, lo que vino tan a tiempo que ya se nos había concluido la ropa interior y estábamos con sólo el hábito. En fin, ya nos surtimos, siquiera de ropa que alcanzó para hacer una muda para cada religiosa y también para nuestras sirvientas.

Con todo nuestro deseo era ver modo de volvernos, pensábamos permanecer en este lugar sin internarnos más adentro y así dispusimos hacer una huerta para sembrar y tener algo con qué mantenernos. Conocido nuestro deseo por los tres sacerdotes que nos acompañaban les pareció muy bien y ellos, con el sirviente, cercaron el local que debía sembrarse y cavaron y por fin sembraron.

Estábamos con este pequeño consuelo cuando nos fue anunciado que los indios se preparaban para venir a darnos un asalto creyendo que teníamos mucho que robar. Fue tal el temor que tuvimos a aquellos bárbaros, no de pérdida de intereses, que estábamos despojadas hasta de lo necesario, sino de ser víctimas en sus manos, que resolvimos caminar, aunque con muy pocas cabalgaduras, hasta Valdivia, para de allá volvernos por mar para esta ciudad. Nos pusimos en camino, como dije, la mayor parte de las monjas habíamos andado bastantes leguas, cuando divisamos una gran partida de indios a caballo y lanza en mano, que se dirigían furiosos a donde nosotras estábamos, de modo que costó mucho trabajo sosegarlos, diciendo que no pensásemos en pasar adelante, que nos volviésemos a donde vivíamos antes.

Nosotras y el padre Simó les suplicábamos que nos permitiesen pasar, que ya perecíamos en aquella tierra; pero no hubo que tratar. Preguntándoles el padre Simó (que sabía el idioma de los indios) por qué nos impedían, dijeron que el Dios de las monjas no quería que pasasen a Valdivia y que ellas lo sabían esto muy bien, pues, para saber si convenía o no que pasásemos,

lo habían decidido por medio del juego de la *chueca*²¹⁷.

No hubo quién los hiciese entrar en razón y fue preciso volvernos con indecibles trabajos y necesidades; pero siempre experimentando la especial providencia de guardarnos de mayores pesares entre aquellos bárbaros que, para lo que ellos son, nos respetaron mucho y, a veces, recibimos algunas limosnas de ellos, aunque muy pequeñas.

Entonces nos situamos a la otra parte del río que me parece ser Lebu²¹⁸; ahí acomodamos algunas carpas y estábamos allí, lo mismo que lo habíamos pasado en la otra posesión que teníamos antes, con faltas de recursos para subsistir, manteniéndonos con yerbas y unos pocos “yuyos”, que se encontraban en el campo, lo que era bueno sólo para no morir de necesidad.

Una vez, andando por allí, encontramos una media res, con la carne muy fresca, tan distante de toda población que no supimos de quien era y así la aprovechamos con mil hacimientos de gracias a Nuestro Señor.

En otra ocasión estaba una religiosa que ya desfallecía por la falta de alimento, y estaba, sentada en un montecillo, pidiéndole a Nuestro Señor que la socorriese, vio venir un perro por un camino, que se dirigía donde ella estaba; venía con un gran pedazo de carne de vaca y dejándolo no distante se fue.

Antes de estar en este lugar, estando una de las sirvientas que nos acompañaron lavando en un río en que jamás habíamos visto pescado, estaba ella pensando qué comería y deseando tener alguna cosa de alimento que llevarles a las monjas, sale un pez muy hermoso, con el que se fue muy contenta para donde estábamos.

Estábamos ya muy olvidadas, por el tiempo que ha transcurrido, de otros medios de que se valió la Divina Providencia, para favorecernos en medio de tanto sufrir. Su Majestad nos dé su gracia para serle muy reconocidas.

Como se me ha pedido que no omita cosa que me parezca conveniente escribir de estos acontecimientos, diré lo que le pasó a una religiosa anciana que, caminando a pie con la Comunidad, se quedó a descansar, pues estaba muy enferma. Caminó la Comunidad sin advertir que se quedaba atrás, cosa que pocas veces sucedió porque nuestro consuelo era no separarnos, y cuando la religiosa que sólo había quedado con otra monja pariente de ella, le dijo que caminase, pues ella no tenía ya fuerzas para andar, resuelta a esperar la muerte allí, y mientras esto estaba diciendo, cuando, en aquellos lugares por donde no traficaba gente, ven venir a un hombre a caballo que conducía un poco de ganado lanar y se llega a las religiosas, les da su caballo sin hacerles ninguna insinuación, les dice que no tengan cuidado por devolver el caballo, y que apresuren el paso, pues la Comunidad ya habrá pasado el río; que estaba descansando y que allí se juntarían.

Esta religiosa era muy devota del Arcángel San Miguel y todos estos favores se los atribuyó al glorioso arcángel.

En otra ocasión, una monja, yendo a alguna distancia de donde vivíamos a suplicarle a una persona que le vendiese al fiado un poco de carne, para pagárselo en teniendo con qué, ella se negó y volviéndose encontró unos indios que estaban contando plata y que le dijeron: “pobre monja, y ¿de donde vienes?” les contestó ella que volvía desconsolada porque no tenía con qué

²¹⁷ Decidir asuntos importantes por medio del juego de la “*chueca*” (una especie de hockey) era recurso usual entre los araucanos. Así cuando en 1787 cayó en sus manos el obispo de Concepción, Francisco José Marán (1780-1795), se dirimió por un partido de *chueca* el conflicto entre los partidarios de matarlo y los que propendían a su liberación, ganando estos últimos.

²¹⁸ El río Lebu tiene su origen en la vertiente oeste de la cordillera de Nahuelbuta, pasa junto a la ciudad del mismo nombre y sale al mar al este de la península de Tucapel.

comprar carne y los indios, compadecidos, le dieron dos reales para que comprase.

Parece que Nuestro Señor apuraba nuestro padecer a medida que se acercaba el tiempo de salir de aquel destierro, de lo que nosotras no divisábamos ninguna esperanza.

Vivíamos en las carpas, como dije y cuando menos pensábamos, llegaron en la media noche como veinte indios a saltearnos, aunque no todos eran indios, también venían chilenos vestidos de indios. Huyen todas las que, por ancianas, no estaban impedidas y se escondieron en los montes y las que caminaban juntas, se extraviaron en la oscuridad de la noche: una de ellas, cayó por un barranco al río y pasó todo el resto de la noche asida de la rama de un árbol, y no cesaba de pedir a Nuestra Señora del Rosario²¹⁹ que la favoreciese, lo que no tardó en hacer la Virgen, hallándose, después que amaneció, en lugar de donde pudo salir.

Cuando las monjas huyeron de los salteadores, la prelada se quedó para cuidar a las pobres viejecitas y sufrió muchos golpes y le presentaban un sable cerca del cuello diciéndole que si no entregaba el dinero que pensaban que tenía, le quitaban la vida. También a cuatro religiosas más las dejaron muy maltratadas de los golpes y se llevaron lo poco que teníamos, aunque no llevaron dinero porque no lo había.

De este lugar huimos a otro llamado el Pegüen²²⁰ Y allí encontramos un rancho en que cupo la comunidad. Estuvimos ahí como un año que fue el de 1822.

Un día nos dijo Juan de Dios Olivares, que era el sirviente que nos acompañaba, que había hablado con una persona que, por orden del general Freire, venía de espía a explorar las fuerzas que tenía Carrero²²¹, para ir a atacarlas y también decía el General que entonces habríamos de salir las monjas.

Esta noticia nos consolaba por momentos y luego la creíamos falsa y nos dábamos al dolor y a las lágrimas viendo prolongarse nuestro destierro.

En esto, ya se puso en marcha el ejército de Freire para la tierra²²² y un señor don Dámaso Herquíñigo tuvo la bondad de pedirle al señor General que lo enviase a él también, con la gente que iba a prender a Carrero y se ofreció para llegar hasta donde estaba la Comunidad y sacarnos. El general aceptó de muy buena voluntad la propuesta de Herquíñigo y le encomendó que obrase sin omitir trabajo ni gasto.

Nosotras nada sabíamos de esto; sino la noticia que antes he dicho, y entre tanto doblábamos nuestros ruegos a la Divina Majestad.

El día 13 de Diciembre del año que dije²²³, nuestra Prelada, la madre Vicaria, el P. Valerio, y un

²¹⁹ Desde 1812 el ejército real había jurado en Valdivia a la Virgen del Rosario, patrona principal de esa plaza, titular de sus armas; desde entonces en todas las imágenes de esta advocación se hicieron actos y funciones por el éxito de las armas reales en la revolución de la Independencia. La Virgen del Rosario evocaba para todos los españoles la victoria de Lepanto, y se convirtió así, a ojos del pueblo en la Virgen “realista”, mientras que la Virgen “patriota” era la del Carmen.

²²⁰ Pegüen es un caserío situado a 15 Km. de la ciudad de Lebu, hacia el Oriente.

²²¹ Antonio Carrero había nacido en Santiago de Galicia y llegó a Chile en el año 1814 con el batallón Talaveras de la Reina, en el cual llegó a ser capitán. Participó como jefe realista en incontables escaramuzas guerreras, fue jefe de montoneras y en 1820 llegó a apoderarse de Talcahuano. Una vez muerto Benavidez se pasó en secreto al bando patriota. Por ello que simuló combatir con Picarte, con quien estaba de acuerdo para poder lograr el rescate de las monjas trinitarias, a quienes los indígenas no dejaban salir de su territorio.

²²² La cronista usa varias veces el término “tierra”, por antonomasia, para indicar la tierra de Arauco: (personas que habían emigrado para la tierra, Freire se puso en marcha para la tierra, las monjas volvieron de la tierra). Quizás está subyacente aquí el término araucano “*mapu*”, que significa “tierra” y “*mapuche*” que equivale a “hombres de la tierra”. Los mestizos y criollos eran llamados por los españoles “hijos de la tierra”. Tierra se convierte así en símbolo de lo propiamente americano.

²²³ Se refiere al año 1822.

serviente se dispusieron para salir a buscar algunas provisiones para la Comunidad a un lugar algo distante y habían de volver pasado algunos días.

El día 14 de Diciembre oíamos mucho ruido de artillería que nos llenaba de miedo, y veíamos los ranchos de los indios incendiados. Se aumentaba nuestra congoja por estar separadas de nuestra madre Ministra y madre Vicaria. Luego pasaron indios huyendo, que nos decían también que huyésemos, que venía un ejército de la Patria²²⁴. Esta noticia nos fue de mucho consuelo.

Llegó la noche y a las dos de la mañana llegaron como 200 soldados y sus oficiales, entre los que no conocíamos a otra persona que a Herquíñigo que nos mostró la orden que traía del General Freire para sacarnos y había de ser en el acto, porque al otro día muy temprano habían de reunirse al ejército, pues si lo sabían los indios, habría un levantamiento que no había fuerza con qué resistir.

Como en esta vida no hay gusto completo, este fue mezclado con el dolor de dejar a nuestras preladas, que por ocuparse de nuestro alivio, andaban fuera. En fin, le consultamos al P. Simó y nos dijo que convenía salir, que la Divina Providencia cuidaría de nuestras amadas madres.

Cerca de las tres de la mañana salimos y el río de Lebu lo pasamos en los caballos de los oficiales, porque marchábamos a pie. A las siete de la mañana atacaron a Carrero y a nosotras nos pusieron donde no tuviésemos riesgo. Entre tanto, clamábamos a Nuestro Señor porque venciese el ejército de la Patria, porque temíamos que, si Carrero ganaba, nos habían de llevar muy al interior de la Sierra, donde jamás supieran de nosotras²²⁵.

Su Majestad Divina, apiadándose de nosotras, permitió que venciese el ejército de Freire y en el momento continuó su marcha para Arauco²²⁶. Al anochecer, nos alojamos en el campo y cuando amaneció seguimos caminando, que ni el cansancio ni la necesidad de alimento, nos afligía demasiado; si no, como ya lo he dicho, el tener que dejar a nuestras dos madres. Todos los que conocían nuestra aflicción nos consolaban con decirnos que en Arauco las habíamos de esperar, como en efecto, así fue.

A las 10 de la noche del día 15 de Diciembre, llegamos a Arauco donde aquellas buenas gentes nos recibieron con mucha caridad y atención.

Luego que las Preladas que, como se ha dicho, quedaron atrás, supieron que la comunidad había salido y ellas felizmente andaban a caballo con el P. Valerio, sin pérdida de tiempo caminaron y quiso Nuestro Señor que nadie les impidiese la salida.

Qué gracias, tan de lo íntimo de nuestros corazones, rendimos al Todopoderoso por vernos ya todas reunidas y fuera de un destierro tan duro y tan largo. Luego convertíamos nuestras súplicas al Señor porque colmase de sus bendiciones al señor General Freire y a todos aquellos que contribuyeron a que saliésemos de la tierra de bárbaros.

El día 20 del mes de Diciembre llegó a aquella plaza el señor Presbítero don Fernando Lagos²²⁷,

²²⁴ Se trata del ejército chileno mandado por Freire.

²²⁵ De estas líneas se infiere que las monjas ignoraban que el combate que se desarrollaba era simulado, precisamente para librarlas a ellas de los indios.

²²⁶ La Casa de Arauco fue fundada en 1552 por Pedro de Valdivia, siendo destruida dos años después y reedificada como ciudad por Rodrigo de Quiroga en 1566. Trasladada a su actual sitio en 1590 con título de Plaza de San Ildefonso de Arauco, sufrió diversos ataques, destrucciones y restauraciones, que la convirtieron en la mejor fortaleza de aquella región, viviendo en ella el Maestre de Campo General del Reino.

²²⁷ El presbítero don Fernando Lagos había sido ordenado en la diócesis de Concepción en 1814. En 1816 fue cura interino del Sagrario de esa ciudad y capellán de coro de la catedral. Fue luego capellán del batallón Carampangue y como tal se halló en la batalla de las Vegas de Saldías y en Arauco. Perteneció a la Junta de Sanidad de Concepción y administró el hospital con mucho celo y caridad durante la epidemia de viruelas en 1823. En 1824 fue nombrado

comisionado por el señor General Freire, con cabalgaduras, con el objeto de conducir a la Comunidad hasta San Pedro.

El día 22 salimos y a las tres de la tarde nos embarcamos en lanchas y llegamos a esta orilla antes de las oraciones. Allí, por orden del señor Gobernador del Obispado²²⁸, nos esperaban algunos carruajes cubiertos para conducirnos a una casa particular, que lo era la del señor don José Manuel Eguiguren, por estar nuestro monasterio ocupado como cuartel.

Todo el poco vecindario que había en ésta nos salió a recibir y en la casa de nuestro alojamiento nos esperaba el señor don Salvador Andrade, que era entonces gobernador del obispado y que nos recibió con las demostraciones de un padre.

Las religiosas que volvimos de la tierra²²⁹ fueron: la madre ministra, sor Ángela de N. P. San Juan de Mata; la madre vicaria, sor Mercedes de San Antonio, que estaban de preladas cuando salimos y estuvieron todo el tiempo que estuvimos allí; la madre Nicolasa del Rosario, la madre Tomasa de la Santísima Trinidad, la madre Juana de las Mercedes, la madre Juana María del Carmen, la madre María Antonia de Jesús Cautivo, la madre Juana María de San José, la madre Manuela de San Francisco, la madre Melchora de San Miguel, la madre Manuela de Santa Bárbara, la madre María de Jesús, la madre María Ana de Jesús, la madre Micaela del Tránsito, la madre Magdalena de Santa María, la madre Ignacia del Milagro, la madre Juana de la Asunción, la madre María de San Félix, la madre Josefa del Sacramento, la madre Juana de Dios de los Dolores, la madre Manuela de Santa Clara, la madre Magdalena de la Natividad, la madre Petronila del Rosario, la hermana Bernarda de San Ignacio, la hermana Rosa de los Dolores, la hermana Manuela del Pilar y la hermana Manuela de la Encarnación. De todas estas religiosas, existen sólo seis.

Desde el día 22 de Diciembre de 1822, que llegamos a ésta, estuvimos en la casa que he dicho hasta el día 11 de Mayo en que nos entregaron el Monasterio

En esta casa nos decían misa, cumplíamos del mejor modo posible con todas nuestras obligaciones, guardando clausura como si estuviésemos en el claustro.

El P. Fr. Baltasar Simó pedía limosna todos los días para mantenernos y así continuó haciéndolo, pues se pasó algún tiempo hasta que los censualistas del Monasterio hicieran algún pago.

Antes de un mes, después que habíamos llegado, se nos murió la madre María de San Félix.

capellán de las monjas trinitarias, luego que en 1822 fuera comisionado por el intendente Ramón Freire para traerlas de regreso de Arauco a Concepción. En 1826 fue nombrado cura y vicario de Coelemu (Conuco). Sirvió esa parroquia hasta 1840, con algunas interrupciones, pues en 1829 desempeñó interinamente el cargo de cura de la catedral de Concepción. Fue virtuoso, caritativo y de mucho juicio.

²²⁸ Don Salvador de Andrade y Bohorquez fue bautizado en Concepción el 6 de agosto de 1758, hijo de Pedro de Andrade y Hernández y de María Bohorquez y Hernández, parientes inmediatos. Alumno del seminario de Concepción, perfeccionó sus estudios de latín y filosofía en el convento de San Francisco de Concepción, en donde existían cursos superiores de esas asignaturas. Ordenado en 1786, fue nombrado cura de Ninhue; luego pasó a ser vicerrector del seminario de Concepción y cura párroco de Penco, desempeñando al mismo tiempo el cargo de capellán de su fuerte. En 1796 fue nombrado canónigo de la catedral de Concepción, arcediano en 1806 y vicario capitular en 1806-1808. Patriota decidido desde el primer momento fue amigo de Martínez de Rozas, participando en el levantamiento de Concepción del año 1811 y siendo designado integrante de la Junta de ese año. Volvió a ser vicario en 1813 en ausencia de Villodres, aunque este había nombrado para aquel cargo a Unzueta. Durante la Reconquista los realistas lo enviaron prisionero a la isla Quiriquina. Triunfante la causa patriota, retornó a Concepción, desplazando nuevamente a Unzueta en el cargo de vicario y provisor del obispado vacante. Villodres lo excomulgó, pero el vicario apostólico, Mons. Muzi, levantó en 1824 esa sanción. A partir de esa fecha era propuesto por el gobierno chileno para el cargo de obispo de Concepción, lo que la Santa Sede no aceptó. Murió en Concepción siendo Deán del cabildo eclesiástico, el 2 de noviembre de 1828, un año después de su rival más joven Unzueta.

²²⁹ Sobre la expresión "volvimos de la tierra" véase la nota 41.

En Enero de 1823, se hizo elección de prelada y fue elegida para ministra la madre sor Juana María de San José; para vicaria, la madre Manuela de San Francisco; y para maestra de novicias, la madre Mercedes de San Antonio.

Luego que nos fue entregado el Monasterio por el señor Intendente, que entonces lo era don Esteban Manzano²³⁰, nos trasladamos, viniendo procesionalmente, con asistencia del señor gobernador del obispado y de todos los señores eclesiásticos que entonces había aquí.

Llegamos a nuestro Monasterio con tan indecible alegría, que sólo cuando lleguemos al Cielo, por la bondad de Dios, (sólo) tendremos mayor gusto.

Las Condes – Chile

²³⁰ Don Esteban Manzano de la Sotta fue bautizado en Concepción el 18 de septiembre de 1793, hijo de Francisco Javier Manzano y Guzmán y doña Rosario de la Sotta Manso de Velasco. Hizo sus estudios en el seminario de Concepción. Fue Alférez Real y coronel del ejército patriota, miembro de la Junta de gobierno de Concepción en diversas oportunidades (1813-1814-1822). A cargo de una guerrilla en 1813, en las márgenes del Itata, fue confinado a la isla de Quiriquina durante la Reconquista. Liberado en 1817 fue intendente de Concepción en 1823 y en 1830, intendente de Maule en 1825, regidor de Concepción en 1826. En posesión del cargo de Alcalde en 1823 le correspondió devolver a las monjas trinitarias su convento. Liberal, en la época republicana, participó en el motín de 1830. Era de carácter violento, valiente en extremo y de gran cultura; casado con Manuela Puga de la Sotta.